

LA SEÑORITA DE TRÉVELEZ

Dramedia en tres actos, 1916

Carlos Arniches

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 978-84-16564-62-0

© 2021 Paradimage Soluciones

Índice

Índice	3
Prólogo a la edición digital.....	5
Personajes	7
ACTO PRIMERO.....	8
ESCENA PRIMERA	9
ESCENA SEGUNDA	12
ESCENA TERCERA.....	14
ESCENA CUARTA.....	16
ESCENA QUINTA	19
ESCENA SEXTA	22
ESCENA SÉPTIMA.....	24
ESCENA OCTAVA.....	25
ESCENA NOVENA	30
ESCENA DÉCIMA	32
ESCENA UNDÉCIMA	34
ESCENA DUODÉCIMA.....	35
ESCENA DECIMOTERCERA	37
ESCENA DECIMOCUARTA	41
ESCENA DECIMOQUINTA.....	45
ESCENA DECIMOSEXTA	49
ACTO SEGUNDO.....	52
ESCENA PRIMERA	53
ESCENA SEGUNDA	55
ESCENA TERCERA.....	58
ESCENA CUARTA.....	60
ESCENA QUINTA	64
ESCENA SEXTA	68
ESCENA SÉPTIMA.....	72

ESCENA OCTAVA.....	74
ESCENA NOVENA	78
ESCENA DÉCIMA	83
ACTO TERCERO	86
ESCENA PRIMERA	87
ESCENA SEGUNDA	92
ESCENA TERCERA.....	94
ESCENA CUARTA	98
ESCENA QUINTA	100
ESCENA SEXTA	104
ESCENA SÉPTIMA.....	107
ESCENA OCTAVA.....	110
Carlos Arniches, un autorretrato breve.	115

Prólogo a la edición digital

La señorita de Trévez, obra de teatro en tres actos escrita por Carlos Arniches y estrenada en Madrid en 1916, es una comedia romántica con tintes de melodrama, o comedia dramática, que encaja en el género de lo que ahora se da en llamar *dramedia*.

Se desarrolla en una capital de provincias, y narra, con un estilo inconfundible, el desamor de Florita de Trévez, soltera de cierta edad, cursi y poco agraciada físicamente, víctima de una broma de mal gusto. Maquinan y ponen en marcha dicha broma los miembros del autodenominado Guasa-Club, un grupo de amigos asiduos al casino, haciendo creer que uno de los protagonistas, Numeriano Galán, está perdidamente enamorado de ella.

Florita, que vive con un hermano sobreprotector y temido por su carácter, cree ilusionada que por fin el amor que tanto tiempo ha estado esperando, ha llegado a su vida, hasta tal punto que comienza a hacer planes de boda. La farsa se enreda porque todos tienen miedo a la reacción del hermano de Florita, Don Gonzalo. Finalmente, la verdad sale a la luz, con gran dolor para los hermanos Trévez, y escarnio de los partícipes en la broma.

Carlos Arniches, en la que se considera su obra maestra, describe en el transcurso de los tres actos, la superficialidad y la frivolidad que se ciernen sobre la sociedad del momento, criticando a una burguesía ociosa y poco sensible.

La señorita de Trévez se ha reestrenado en numerosas ocasiones a lo largo de casi un siglo, así como representado no pocas veces en varios espacios teatrales de TVE. En 1.935 se estrenó la adaptación cinematográfica de Edgar Neville.

Carlos Arniches, nacido en Alicante en 1.866, pasó la mayor parte de su vida en Madrid, donde falleció en 1943. Vivió cinco años en Barcelona durante su juventud, y se trasladó a Buenos Aires durante la Guerra Civil. Inició estudios de Derecho, aunque a la edad de 20 años comenzó su dedicación exclusiva a la escritura, comenzando con libretos para zarzuelas de finales del siglo XIX y principios del XX. El sainete, la comedia, y la tragedia grotesca (género de su invención) fueron los géneros que le dieron fama y popularidad.

Su obra fue verdaderamente prolífica, ya que entre esta pueden contarse unas doscientas setenta comedias teatrales, diecisiete guiones de cine, once artículos, ocho colecciones epistolares, tres libretos, un discurso y una biografía. Sus comedias, aunque desiguales en cuanto a calidad, están repletas de bromas y chistes de gran ingenio. En cierto modo, fue un renovador de la comedia y un autor que supo condensar lenguaje, chiste y comicidad, y costumbrismo en su obra.

El ambiente plasmado en sus obras es siempre el “Madrid secular”, de tono popular y original. Los personajes de sus obras tienen un hablar rápido, lleno de chistes cortos y giros inesperados. El lenguaje fue siempre un tanto enrevesado, aunque no por eso complicado. El autor no se limitó solamente a imitar esa jerga del madrileño, sino que incluyó nuevos

términos que la gente adoptó con el tiempo. Se le criticó siempre el uso excesivo de ambientes vulgares, la fácil caída en lo sensiblero en sus escenas dramáticas, y el recorte de sílabas en el vocabulario. No obstante, son parte de su “firma personal”, al igual que la crítica social que reflejan muchas de sus obras.

Se le recuerda sobre todo como pintor de los ambientes populares de Madrid, cuyo chulesco y castizo lenguaje supo recrear de forma inimitable, inspirándose en la zarzuela y en el teatro por horas del siglo XIX

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en

www.paradimage.es

Personajes

Flora de Trévez
Maruja Peláez
Soledad o Solita
Conchita
Numeriano Galán
Don Gonzalo de Trévez
Don Marcelino Córcoles
Tito Guiloya
Pepe Manchón
Torrija
Pablito Picavea
Don Arístides
Peña
Lacasa
Menéndez
Criado
Quique
Nolo

La obra transcurre en una capital de provincia de la España de principios del siglo XX.

ACTO PRIMERO

Sala de lectura de un casino de provincia. En el centro, una mesa de forma oblonga, forrada de bayeta verde. Sobre ella, periódicos diarios prendidos a sujetadores de madera con mango, y algunas revistas ilustradas españolas y extranjeras, metidas en carpetas de piel muy deterioradas con cantoneras metálicas. Pendientes del techo, y dando sobre la mesa, lámparas con pantallas verdes. Junto a las paredes, divanes. Alrededor de la mesa, sillas de rejilla. Al foro, dos balcones grandes, amplios; por cada uno de ellos se verá, toda entera, la ventana correspondiente de una casa vecina. Dichas ventanas tendrán vidrieras y persianas practicables. Las puertas de los balcones del Casino también lo son.

En la pared lateral derecha del gabinete de lectura, una puerta mampara con montante de cristales de colores. En la pared izquierda, puertas en primero y segundo término, cubiertas con cortinas de “peluche” raído del tono de los divanes. Todo el mobiliario, muy usado. En el lateral derecho, en segundo término, una mesita pequeña con algunos periódicos que todavía conservan la faja, papel de escribir y sobres. Entre la mesa y la pared, una silla. En lugar adecuado, un reloj. Es de día. Sobre la pared de la casa frontera da un sol espléndido.

ESCENA PRIMERA

Menéndez, el criado de enfrente. Luego, Tito Guiloya, Manchón y Torrija.

Al levantarse el telón aparece Menéndez con el uniforme de ordenanza del casino y zapatillas de orillo, durmiendo, sentado detrás de la mesita de la derecha.

Se escucha en la calle el pregón lejano de un vendedor ambulante,
y más lejana aún la música de un piano de la vecindad,
en el que alguien ejecuta estudios primarios.

Un criado, en la casa de enfrente, limpia los cristales de la ventana de la derecha.

La otra permanecerá cerrada.

El criado, subido a una silla y vistiendo delantal de trabajo,
canturrea un aire popular mientras hace su faena.

Por la puerta primera izquierda aparecen Tito Guiloya, Pepe Manchón y Torrija.

El primero es un sujeto bastante feo, algo corcovado,
de cara cínica, biliosa y atrabiliaria.

Salen riendo.

MANCHÓN — ¡Eres inmenso!

TORRIJA — ¡Formidable!

MANCHÓN — ¡Colosal!

TORRIJA — ¡Estupendo!

TITO — Chis... (*Imponiendo silencio.*) ¡Por Dios, callad! (*Señalándole y en voz baja. Andan de puntillas.*) Menéndez en el primer sueño.

TORRIJA — ¡Angelito!

MANCHÓN — ¿Queréis que le dispare un tiro en el oído para que se espabile? (*Riendo.*)

TORRIJA — ¡Qué gracioso! Sí, anda, anda...

TITO (*Deteniendo a Manchón, que va a hacerlo.*) — Es una idea muy graciosa, pero para otro día. Hoy no conviene. Y como dice el poeta: “¡Callad, que no se despierte!” Y ahora... (*Se acercan.*) Ved el reloj... (*Se lo señala.*)

TORRIJA — Las once menos cuarto.

TITO — Dentro de quince minutos...

MANCHÓN (*Riendo.*) — ¡Ja, ja, no me lo digas, que estallo de risa!

TITO — Dentro de quince minutos ocurrirá en esta destartada habitación el más famoso y diabólico suceso que pudieron inventar imaginaciones humanas.

TORRIJA — ¡Ja, ja, ja! ¡Va a ser terrible!

MANCHÓN — ¿De manera que lo has resuelto todo?

TITO — Absolutamente todo. Los interesados están prevenidos, las cartas en su destino, las víctimas convencidas, nuestra retirada cubierta. No me quedó un cabo suelto.

TORRIJA — ¿De modo que tú crees que esta broma insigne, imaginada por ti...?

TITO — Va a superar a cuantas hemos dado, y las hemos dado inauditas. Va a ser una broma tan estupenda, que quedará en los anales de la ciudad como la burla más perversa de que haya memoria. Ya lo veréis.

TORRIJA — Verdaderamente, a mí, a medida que se acerca la hora, me va dando un poco de miedo.

MANCHÓN — ¡Ja, ja! ¡Tú, temores pueriles!

TORRIJA — ¡Hombre, es una burla tan cruel...!

TITO — ¡Qué más da! La burla es conveniente siempre. Sanea y purifica, castiga al necio, detiene al osado, asusta al ignorante y previene al discreto. Y, sobre todo, cuando, como en esta ocasión, escoge sus víctimas entre la gente ridícula, la burla divierte y corrige.

MANCHÓN — Eres un tipo digno de figurar entre los héroes de la literatura picaresca castellana.

TORRIJA — ¡Viva Tito Guiloya!

TITO — Yo no, compañeros... Sea toda la gloria para el Guasa—Club, del que soy indigno presidente y vosotros dignísimos miembros.

MANCHÓN — ¡Silencio...! (*Escucha.*) Alguien se acerca.

TORRIJA (*Que ha ido a la puerta derecha.*) — ¡Don Marcelino, es Don Marcelino Córcoles!

TITO — ¡Ya van llegando! Ya van llegando nuestros hombres. ¡Chis...! Salgamos por la escalera de servicio.

MANCHÓN — Vamos.

TITO — Compañeros, empieza la farsa. Jornada primera.

TODOS — ¡Ja, ja, ja! (*Se van de puntillas, riendo, por la segunda izquierda.*)

ESCENA SEGUNDA

Menéndez y Don Marcelino, por la primera derecha.

DON MARCELINO (*Entrando.*) — Nadie. El salón de lectura, desierto, como siempre. Es el Sáhara del Casino. Menéndez, dormido, como de costumbre; pues, ¡vive Dios!, que no veo señal de lo que en este anónimo y misterioso papel se me previene. Anoche lo recibí, y dice a la letra... (*Leyendo.*) “Querido Córcoles: Si quieres ser testigo de un ameno y divertido suceso no faltes mañana, a las once menos cuarto, al salón de lectura del casino. Llega y espera. No te impacientes. Los sucesos se desarrollarán con cierta lentitud, porque la broma es complicada. Salud y alegría, para gozarla. V.” ¿Qué será esto?... Lo ignoro; pero está la vida tan falta de amenidad en estos poblachos, que el más ligero vislumbre de distracción atrae como un imán poderoso. Esperaré leyendo. Veamos qué dice la noble prensa de la ilustre ciudad de Villanca. (*Busca.*) Aquí están los periódicos locales: “El Baluarte”, “La Muralla”, “La Trinchera”. ¡Y todo esto para defender a un cacique!... “El Grito”, “La Voz”, “El Clamor”, “El Eco”. Y esto todo para decir las cuatro necedades que se le ocurran al susodicho cacique... (*Deja los periódicos con desprecio.*) ¡Bah! Me entretendré con las ilustraciones extranjeras. (*Coge una y lee.*) Uh, uh, uh, uh, uh,... (*Don Marcelino al leer, produce un monótono ronroneo, que crece y apiana alternativamente, y que no tiene nada que envidiar al zumbido de cualquier moscardón. Menéndez sacude el aire con la mano como espantándose una mosca. Las primeras veces Don Marcelino no lo advierte y sigue con su ronroneo. Al fin, observa el error de Menéndez.*) ¿Qué hace ése...? (*Llamándole.*) Menéndez... (*Más fuerte.*) ¡Menéndez!

MENÉNDEZ (*Despertando.*) — ¿Eeeh?

DON MARCELINO — No sacudas, que no te pico.

MENÉNDEZ — ¡Caramba, señor Córcoles! Habría jurado que era un moscón. (*Se despereza.*)

DON MARCELINO — Pues soy yo. Dispensa.

MENÉNDEZ — Deje usted, es igual.

DON MARCELINO — Tantísimas gracias.

MENÉNDEZ — Pero ¿cómo tan de mañana? ¿Es que no ha tenido usted clase en el estituto?

DON MARCELINO — Que los chicos no han querido entrar hoy tampoco.

MENÉNDEZ — ¿Pues...?

DON MARCELINO — Es el cumpleaños del gobernador civil.

MENÉNDEZ — ¡Hombre! ¿Y cuántos cumple?

DON MARCELINO — El año pasado cumplió cincuenta y cuatro; este año no sé, porque es una cuenta que le gusta llevar a él solo. ¿Ha venido el correo de Madrid?

MENÉNDEZ — Abajo estará.

DON MARCELINO — Pues anda a subirlo hombre.

MENÉNDEZ — Es que como a mí no me gusta moverme de mi obligación...

DON MARCELINO — No, y que además tú, cuando te agarras a la obligación, no te despierta un tiro.

MENÉNDEZ (*Haciendo mutis.*) — ¡Qué Don Marcelino; pero cuidao que es usted muerdad!
(*Se va por la segunda izquierda.*)

ESCENA TERCERA

Don Marcelino; luego, Picavea, por la puerta derecha.

DON MARCELINO — Bueno, y cualquiera que me vea a mí con este periódico en la mano cree que yo sé alemán; pues no, señor. Es que me entretengo en contar las “pes” las “cus” y las “kas” que hay en cada columna. ¡Un diluvio! ¡Qué ganas de complicar! ¡Para qué tanta consonante, señor! Es como añadirle espinas a un pescado.

(Entra Pablito Picavea, mozo vano y elegante, con una elegancia un poco provinciana. Entra anheloso, impaciente. Es sujeto rápido de expresión y de movimientos.)

PICAVEA — Buenos días, Don Marcelino. *(Deja el bastón y el sombrero, mira por el balcón de la izquierda, consulta su reloj, lo confronta con el del salón y empieza a revolver entre los periódicos.)*

DON MARCELINO — Hola, Pablito. ¡Qué raro...! ¡Tú por el gabinete de lectura!

PICAVEA — Que no tengo más remedio.

DON MARCELINO — Ya decía yo.

PICAVEA *(Rebuscando entre los periódicos.)* — ¿Está “El Baluarte”?

DON MARCELINO — Sí; aquí lo tienes. *(Se lo da, cada vez más asombrado.)* ¡Pero tú leyendo un periódico! ¡No salgo de mi asombro!

PICAVEA — Que no tengo más remedio. Quiero enterarme de una cosa.

DON MARCELINO — ¿Ciencias, política, literatura?

PICAVEA — ¡Ca, hombre! Que quiero enterarme de una cosa que va a pasar en la casa de enfrente, y para ello cojo el periódico, ¿entiende usted? Le hago un agujero como la muestra *(Se lo hace.)* y por él, sentado estratégicamente, averiguo cuándo se asoma Solita, la doncella de los Trévez. *(Hace cuanto dice, colocándose frente a la ventana de la derecha y mirando a ella por el roto del periódico.)*

DON MARCELINO — ¡Ah, granuja! ¡Conque Solita! ¡Buen bocadito!

PICAVEA — Eso no es un bocadito, Don Marcelino; eso es un banquete de cincuenta cubiertos.

DON MARCELINO — Con brindis y todo... Pero lo que no me explico es lo del agujero que haces en el diario...

PICAVEA — Muy sencillo. Como Solita tiene relaciones con el criado de la casa, que es un animal, con un carácter que se pega con su sombra, yo vengo, agujereo la sección de espectáculos, y a la par que atisbo, evito el peligro de una sorpresa y la probabilidad de un puñetazo, ¿usted me comprende?

DON MARCELINO — ¡Ah, libertino!

PICAVEA — ¡Si viera usted “Los Baluartes” que llevo agujereados!

DON MARCELINO — Eres un mortero del cuarenta y dos.

PICAVEA — Calle usted... ¡Ella! La absorbo como una vorágine, Don Marcelino. ¡Verá usted qué demencia!

DON MARCELINO — Yo os observaré desde aquí. *(Coge un periódico.)* Me conformaré con “El Eco”.

PICAVEA — No, que es muy pequeño; coja usted “La Voz”.

DON MARCELINO — Cogeré “La Voz”. *(Coge el periódico “La Voz”. Mete los dedos, arranca un trozo de papel, hace un agujero y mira.)*

ESCENA CUARTA

*Dichos y Soledad, por la ventana de la derecha.
Con unos vestidos y una mano de mimbre,
se asoma a la ventana y comienza a sacudir,
cantando el cuplé de “Ladrón..., ladrón...”*

PICAVEA (*Por encima de “El Baluarte.”*) — ¡Chis..., Solita!

SOLEDAD (*Dejando de sacudir y cantar.*) — ¡Hola, Don Pablito, usted!

PICAVEA — Perdona que te hable por encima de “El Baluarte”; pero hasta vista así, por encima, me gustas...

SOLEDAD — Que me mira usted con buenos ojos...

PICAVEA — Gracias. Oye, eso que cantabas de ladrón, ladrón, digo yo que no sería por mí, ¿eh?

SOLEDAD — Quía. Usted no le quita nada a nadie.

PICAVEA — Eso de que no le quito nada a nadie, es mucho decir.

SOLEDAD — Digo en metálico.

PICAVEA — En metálico, no te quitaré nada; pero en ropas y efectos, no te descuides. (*Ríen.*)

SOLEDAD — Y qué, ¿leyendo la sección de espectáculos?

PICAVEA — Sí, aquí echando una miradita a los teatros.

SOLEDAD — ¿Y qué hacen esta noche en el Principal?

PICAVEA (*Con gran malicia.*) — En el Principal no sé lo que hacen. En el segundo izquierda sé lo que harían.

DON MARCELINO (*Aparte.*) — ¡Muy bueno, muy bueno!

SOLEDAD — ¿Y qué harían, vamos a ver?

PICAVEA — “Locura de amor”.

SOLEDAD — ¿Y eso es de risa?

PICAVEA — Según como se tome. A la larga, casi siempre. Y oye, Solita: ¿vendrías tú conmigo al teatro una noche?

SOLEDAD — De buena gana, pero donde usted va no podemos ir los pobres, don Pablito.

PICAVEA — Es que yo, por acompañarte, soy capaz de ir contigo al gallinero.

SOLEDAD — ¡Ay, quite usted, por Dios...! Una criada en el gallinero y con un pollo, creerían que le iba a matar...

DON MARCELINO (*Riendo, aparte.*) — ¡Muy salada, muy salada!

SOLEDAD (*Por Don Marcelino.*) — ¡Ay!, ¿pero qué voz es ésa?

DON MARCELINO (*Asomando por encima del periódico.*) — “La Voz de la Región”, una cosa de Lerroux; pero no te asustes...

PICAVEA — Oye, Solita...

SOLEDAD — Mande...

PICAVEA — No dejes de salir esta tarde, que tengo gana de estrenar dos piropos que se me han ocurrido.

SOLEDAD — ¿Ay, sí? A ver, adelánteme usted uno al menos.

PICAVEA — Verás. (*Se asoma y habla en voz baja.*)

SOLEDAD (*Riendo.*) — ¡Ja, ja, ja!

(*Sale el criado y, furioso y violento, coge a Soledad de un brazo.*)

CRIADO — ¡Maldita sea! ¡Adentro!

SOLEDAD — ¡Ay hijo...! ¡Jesús!

PICAVEA (*Cubriéndose con “El Baluarte”.*) — ¡Atiza!

DON MARCELINO (*Idem con “La Voz”.*) — ¡El novio!

CRIADO — ¡Hale p’ a dentro!

SOLEDAD — ¡Pues, hijo, qué modales!

CRIADO — Y más valía que en vez de estar de palique con los sucios del casino...

DON MARCELINO (*Detrás de “La Voz”.*) — Socios.

CRIADO — Sucios... Te estuvieras en tu obligación. P’ a adentro.

SOLEDAD — ¡Pero, hijo, Jesús, si estaba sacudiendo!

CRIADO — Ya sacudiré yo, ya... ¡Y menudo que voy a sacudir!

DON MARCELINO — ¡Qué bruto!

PICAVEA (*Sujetándole el periódico.*) — No levante usted “La Voz”, que le va a ver por debajo.

CRIADO — Y en cuanto yo consiga verle la jeta a uno de esos letorcitos, va a ir p’ a la Casa de Socorro, pero que deletreando. ¡Ay, cómo voy a sacudir! ¡A cuatro manos! (*Él criado cierra los cristales. Se les ve discutir acaloradamente. Él dirige miradas y gestos amenazadores al casino. Al fin, hace una mueca de ira y cierra maderas y todo.*)

DON MARCELINO — ¡Qué hombre más bestia!

PICAVEA — Habrá usted comprendido la utilidad de “El Baluarte”.

DON MARCELINO — Como que a mí me ha dado un susto que he perdido “La Voz”.

ESCENA QUINTA

Don Marcelino y Pablito Picavea.

PICAVEA — Bueno, pero al mismo tiempo habrá usted comprendido también que a ese monumento de criatura le he puesto verja.

DON MARCELINO — ¿Cómo verja?

PICAVEA — Que esa chiquilla es de mi absoluta pertenencia, vamos.

DON MARCELINO (*Sonriendo irónicamente.*) — Hombre, Pablito, no quisiera quitarte las ilusiones, pero tampoco quiero que vivas engañado.

PICAVEA — ¿Yo engañado?

DON MARCELINO — Las mismas coqueterías que ha hecho Solita contigo se las vi hacer, ayer tarde, con el más terrible de tus rivales, con Numeriano Galán, para que lo sepas.

PICAVEA — ¡Con Numeriano Galán! ¡Ja, ja, ja! ¡Ella con Galán! ¡Ja, ja, ja! (*Ríe a todo reír.*) ¡Galán con..., ja, ja, ja!

DON MARCELINO — ¿Pero de qué te ríes?

PICAVEA (*Con misterio. Cambiando su actitud jovial por una expresión de gran seriedad.*) — Venga usted acá, don Marcelino. (*Le coge de la mano.*)

DON MARCELINO. (*Intrigado.*) — ¿Qué pasa?

PICAVEA — Que esa mujer no puede ser de nadie más que mía. Óigalo usted bien, ¡mía!

DON MARCELINO — ¡Caramba!

PICAVEA — Es un acuerdo de junta general.

DON MARCELINO — ¿Cómo de junta general? No comprendo...

PICAVEA — Va usted a comprenderlo en seguida. ¿No nos oirá nadie?

DON MARCELINO — Creo que no.

PICAVEA — Usted sabe, Don Marcelino, que yo pertenezco al Guasa—Club, misterioso y secreto Katipunán, formado por toda la gente joven y bullanguera del casino, para auxiliarnos en nuestras aventuras galantes, para fomentar francachelas y jolgorios, y para organizar bromas, chirigotas y tomaduras de pelo de todas clases. Como nos hemos constituido imitando esas sociedades secretas de película, nos reunimos con antifaz y nos escribimos con signos.

DON MARCELINO — Sí; alguna noticia tenía yo de esas bromas. Pero vamos...

PICAVEA — Pues bien: a Numeriano Galán y a mí nos gustó Solita a un tiempo mismo y empezamos a hacerle el amor los dos. Yo, como él no es socio del Guasa—Club, denuncié al tribunal secreto su rivalidad para que me lo quitaran de en medio, y a la noche siguiente Galán encontró clavada con un espetón de ensartar riñones, en la cabecera de su cama, una orden para que renunciara a esa mujer. No hizo caso y se burló de la amenaza, y, en consecuencia, ha sido condenado a una broma tan tremenda, que si nos sale bien, no sólo abandonará a Solita, dejándome el campo libre, sino que tendrá que huir de la ciudad renunciando hasta su destino de oficial de Correos. No le digo a usted más.

DON MARCELINO — ¡Demontre! ¿Y qué broma es ésta?

PICAVEA — No puedo decirla, pero dentro de unos instantes, y en esta misma habitación, verá usted a Galán debatirse lloroso, angustiado e indefenso en la tela de araña que ha tejido el Guasa—Club, y lo comprenderá usted todo.

DON MARCELINO — Os tengo miedo. Recuerdo la broma que le disteis al pintor Carrasco el mes pasado y se me ponen los pelos de punta.

PICAVEA — Aquello no fue nada, que le hicimos creer que su marina titulada “Ola, ola...” había sido premiada con segunda medalla en la exposición de pinturas.

DON MARCELINO — ¡Una friolera! Y el pobre hombre asistió tan satisfecho al banquete que le disteis para festejar su triunfo. ¡Sois tremendos!

PICAVEA — ¡Damos cada broma! ¡Ja, ja, ja! *(Empieza a tocar en la calle, un cuarteto de músicos ambulantes, la despedida del bajo de “El barbero de Sevilla”, que canta un individuo con muy mala voz y peor entonación.)* ¡Hombre, a propósito!

DON MARCELINO — ¿Qué pasa?